

## CAPITULO LXXI.

[Los miserables]



INMENSA era la impaciencia de Colon, aunque disimulada.

Toda la satisfacción que podía producirle la vista de las naves que viniesen en su socorro, estaba neutralizada por el dolor que le causara dejar en aquellas regiones á los hombres que con él salieron de la Península.

Así es que la presencia de los mensajeros sobreexcitó su ánimo, porque deseaba vivamente saber el resultado de la embajada que les había confiado.

—Somos indignos de vuestras deferencias, dijo Enriquez al presentarse ante su jefe.

—Nunca, nunca. Sea cual fuere el éxito de vuestro cometido, siempre sabré apreciar en lo mucho que valen el talento, la lealtad y el patriotismo que tanto os enaltecen.

—Enviad nuevos emisarios, añadió Oquendo, ya que nosotros solos hemos conseguido un desengaño.

—Hablad, hablad con calma, que os escucho con gran interés.

Y los jóvenes oficiales le refirieron todos los detalles de su expedición, demostrándole en su narración una sinceridad exaltada, que agradeció en mucho el almirante.

Pero también comprendió que la inexperiencia y hasta la generosidad de aquellos jóvenes habían perjudicado sus propósitos.

—No os alarmeis; no os inquieteis por lo que acaba de suceder. Tened en cuenta que las grandes empresas exigen gran perseverancia y crecidos sacrificios.

—Pero nosotros no merecemos la honra de continuar lo que nos encomendasteis, porque hemos descubierto nuestra ineptitud.

—Vosotros también ireis al campo enemigo.

—Para pelear, desde luego; pero para conferenciar es imposible, porque nada hemos alcanzado.

—Habeis conseguido mucho.

—No adivinamos. . . . .

—Habeis conseguido demostrarme la actitud de aquella gente.

—Era lo ménos que podía hacerse.

—Pues eso me basta para adoptar una medida enérgica y acertada. Ireis nuevamente, pero ireis en compañía del adelantado, y le prestareis grandes servicios.

—Con nuestras espadas siempre.

—Y con vuestra prudencia.

Los jóvenes no replicaron; pero al salir del camarote estaban más tranquilos.

Las palabras de Colon, sus reflexiones y la confianza con que les honraba, fueron para ellos un suave bálsamo que cicatrizó las heridas que en sus almas había producido el amargo desengaño que devoraban.

Pero el almirante seguía mortificado por su enfermedad, y no podía tomar una parte activa en la nueva empresa.

Su hermano Bartolomé, hombre de gran perspicacia y de sobrado brío, era la persona indicada para llevar á cabo el proyecto de atraer á los rebeldes por la persuasión, ó de arrastrarlos por la fuerza.

Y al penetrarse de lo que había acontecido á Enriquez y Oquendo, él mismo se anticipó á las órdenes del almirante.

—Yo seré, le dijo, el que convenceré á esa gente de su error, yo seré el que castigue á los miserables que la capitanean.

—Pero es preciso, añadió Colon, que vaya fuerza suficiente para el caso de que los rebeldes apelen á las armas.

—Podemos contar con cincuenta hombres llenos de fe y de bríos que, aunque débiles de cuerpo, porque el sufrimiento les ha rendido, tienen corazón de leales.

Todo se preparó rápidamente.

Y no se equivocaron Colon y su hermano en la confianza que tenían en su gente, pues recibieron con júbilo la noticia de su marcha, y todos se aprestaban á la lucha si era necesaria, porque profesaban, no ya un afecto tibio y vulgar, sino un amor entusiasta al almirante.

Marchaban ya guiados por Enriquez y Oquendo hácia el sitio donde debían encontrarse los rebeldes.

Y los hermanos Porras, que aguijoneados por el remordimiento y por el temor no descansaban un instante, distinguieron á la fuerza del adelantado, y consideraron muy crítica su situación, porque comprendieron lo que podia sucederles.

Los valientes jóvenes que tan mal parados habian salido en la mision que les confiara el almirante estaban indignados con la conducta del capitán Porras, y más que un arreglo amigable, deseaban una lucha encarnizada.

Por eso se alegraron de que el adelantado les ordenase que conferenciaran con el jefe de los rebeldes.

Se iban á acercar al campo enemigo, cuando Francisco Porras exaltó el ánimo de su gente, haciéndoles ver que si no se defendian de un modo heróico iban á comprometer sus vidas; pero que si vencian á los enviados por el almirante, podrian marchar sobre las naves y apoderarse de ellas.

Por otra parte, confiaban en la superioridad de las fuerzas

físicas, que en ellos se habian desarrollado por la vida libre y vaga que llevaban corriendo las selvas.

Y se olvidaban de que el entusiasmo de una causa santa y el sentimiento del honor, son fuerzas más colosales que las fuerzas materiales.

Así es que se aprestaron desde luego al combate sin dar tiempo á escuchar las nuevas proposiciones, pues Francisco Porras comprendia que, dadas las condiciones de su gente, era muy fácil que le atrajasen á la obediencia y volviesen á las naves.

Los rebeldes se agitaron con frenesí, porque estaban persuadidos de que jugaban sus vidas, y se dispusieron á defenderse, empezando por atacar.

Los predilectos de Porras, que formaban el cuerpo principal, se formaron en columnas, y se precipitaron sobre la fuerza del adelantado con espada en mano y en ademán resuelto.

Pero arremetieron con tan mala suerte, que al primer encuentro murieron cuatro ó cinco, perteneciendo casi todos ellos al grupo que se dirigia contra el adelantado. A manos de éste murió Juan Sanchez, esforzado piloto, y Juan Berber, que fué el primero que desnudó su espada contra el almirante.

Miéntas el adelantado luchaba denodadamente, calculó Francisco Porras que podia sorprenderlo, y se dirigió á él, cortándole la ródela é hiriéndole la mano que la empuñaba; pero se enredó de tal modo, que ántes que pudiera sacar su espada, y despues de una larga lucha, estaba hecho prisionero.

Les bastó á los rebeldes ver fuera de combate á su jefe para huir sobrecogidos de terror y espanto.

Y no era ciertamente por las simpatías que le profesaban, sino porque simbolizaba su causa y en él veian al que habia de dirigirlos en la batalla en que los dejó empeñados.

Terminó, pues, la lucha, quedando la victoria por la fuerza del almirante.

Los indios habian presenciado á cierta distancia aquel terrible combate, y cuando el campo quedó desierto se acercaron, movidos de curiosidad, á ver los cadáveres de unos hombres que ellos, en su ignorancia, y en cierto modo en su supersticion, habian creído inmortales.

El adelantado y su gente fueron recibidos por Colon con las demostraciones del mayor afecto.

Francisco Porras y algunos de sus compañeros fueron conducidos prisioneros.

Pero el mayordomo del almirante, que habia recibido una herida, al parecer leve, sucumbió por causa de ella.

Los vencidos celebraron una conferencia, en la que pudieron hablar libremente y exponer con franqueza sus sentimientos, acordando dirigir al almirante una reverente instancia, en la que confesasen sus culpas, reconociesen su grave falta y le rogasen que les perdonase.

Así lo hicieron, ofreciendo serle fieles bajo un solemne juramento, y añadiendo que deseaban, en caso de quebrantarlo, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiera confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepentimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos, ni otros sacerdotes cristianos.

El almirante, en vista de tan respetuosa súplica, y abandonándose á sus nobles sentimientos, les otorgó el perdón que solicitaban, pero asegurándoles que el cabecilla Francisco Porras quedaria preso.

## CAPITULO LXXII.

Donde se ve lo que recogen los que siembran beneficios.



LA situacion en que la Providencia, en su inescrutable sabiduría, quiso colocar al inmortal Colon, al hombre más notable de su siglo, á una de las figuras más grandiosas de la humanidad, fué demasiado afectiva, demasiado angustiosa para no exigir de nosotros una descripcion detallada.

Es imposible concebir como un hombre cargado de años y de penas, enfermo de cuerpo y de alma, castigado por los más horribles desengaños, pudo soportar aquella inconmensurable prueba.

Esto justifica la minuciosidad con que hemos referido sus emociones, sus pensamientos, su actitud en los conflictos, su mansedumbre, su resignacion en la adversidad y la conducta de los miserables, que debiéndole cuanto eran, fueron los que más acibararon con su iniquidad los largos dias de dolorosa angustia que pasó al borde del abismo, abandonado de la tierra y al parecer hasta del cielo.

Todavía, en el momento en que estamos de nuestra narracion, le vemos devorar su amargura é inspirar confianza á los desesperados náufragos; todavía no sabemos si al descubrirse la verdad, si al perder una vez más sus ilusiones los que lo esperan todo del gobernador de Santo Domingo, surgirán nuevas complicaciones, estallarán nuevas tempestades sobre

aquella augusta cabeza, que á pesar de todo ostenta á nuestros ojos la triple corona de la edad, del saber y de la gloria.

Su única salvacion dependia de que los mensajeros que habia enviado á Santo Domingo y á España desempeñasen con fortuna su mision.

Los hemos visto llegar, arrostrando inminentes peligros, al puerto deseado. Sigámoslos ahora para cerciorarnos de lo que pudieron hacer en favor de su querido y respetado jefe.

Diego Mendez no podia, como recordarán nuestros lectores, presentarse á Ovando, porque despues de lo que le habia sucedido, tenia por cierto que el iracundo gobernador de la colonia se apoderaria de él y le condenaria á reclusion perpétua, si es que no se deshacia de su persona por cualquiera de los infames medios que empleaba siempre para conseguir sus fines.

Su mision era infinitamente más difícil que la de Fiesco.

Ningun buque querria llevarle á bordo sin el consentimiento del gobernador, ni mucho ménos saliendo de otro puerto que el de Santo Domingo.

Solo la Providencia podria facilitarle los medios de realizar su empresa.

He aquí lo que pasó:

Diego Mendez llegó al mismo tiempo que Bartolomé Fiesco á la costa de la Española.

Allí se separaron, y sin más compañía que la de un indio llamado Azcala, se dispuso el valiente soldado á recorrer aquella inmensa playa hasta encontrar un buque que le llevase á la Península.

Fiesco, con sus indios y los de la canoa de Diego Mendez, siguió por la costa de Santo Domingo.

Ya volveremos á encontrarle.

Sigamos á Diego Mendez.

Era de noche cuando llegaron á la playa.

—Azcala, dijo el leal servidor de Colon al indio que se habia quedado en su compañía, te he elegido entre todos para compañero, porque creo en tu fidelidad y en tu valor.

El indio mostró por la expresion de su fisonomía la satisfaccion que experimentaba por el buen juicio que habia formado de él su jefe.

—¿No has visto, prosiguió Mendez, en el camarote del almirante una imàgen de Jesucristo ante la cual nos prosternamos todos los blancos?

—Sí he visto, dijo Azcala, y me han dicho que, es el hijo de nuestro Dios, del que reina en el cielo y en la tierra.

—Pues bien, El es el que premia y castiga los actos de los hombres. El es el que, cuando la muerte nos destruye, lleva nuestra alma al Paraíso, ó la condena á vivir padeciendo eternamente en el infierno.

Los sacrificios que voy á exigirte son muy penosos. Oye-me bien: nuestro primer cuidado es evitar que nos descubran.

Sin perder la vista de la playa tenemos que ocultarnos entre los bosques, buscar en ellos nuestro alimento, y aguardar una ocasion favorable para obedecer las órdenes que me ha dado el almirante.

Yo no sé el tiempo que emplearemos en esta vida; yo creo que será breve. Solo Dios sabe cuándo terminará. Si no tienes bastante valor para soportarla, si temes que tus fuerzas desmayen, si crees que te ha de abandonar la lealtad que me debes. . . . en libertad te dejo.

Aún puedes alcanzar á tus compañeros: vé con ellos, sigue su suerte, yo partiré solo. Pero si quieres acompañarme, si quieres arrostrar conmigo los peligros que me amenazan, si quieres que el Dios de los justos y de los buenos te abra sus brazos misericordiosos, jura aquí seguirme, obedecerme, sa-

crificarte por mí si es preciso, y nos pondremos en marcha.

Lo juro, dijo el indio, y doy gracias á nuestro Dios porque me ha proporcionado esta ocasion de pagaros una deuda de gratitud.

—¡Tú! exclamó Diego Mendez asombrado.

—Yo, sí.

—Explicate.

—¿No habeis notado cuánto he hecho para que me trajeis en vuestra compañía?

—Es cierto.

—¿No habeis visto cómo he sufrido las privaciones durante la travesía, sin exhalar un solo gemido?

—Tu resignacion, tu entereza, me han decidido á elegirte; pero no adivino por qué causa sientes hacia mí esa gratitud.

—Oid y me comprendereis, dijo Azcala.

El indio hizo una breve pausa, como para reconcentrarse, y dijo:

—Yo no soy natural de le Jamáica: abrí los ojos á la luz en Guahanamí, y fui de los primeros que vieron llegar á estas ignotas tierras las embarcaciones de los hijos del cielo.

¡Con qué alegría, con qué satisfaccion vimos aparecer en el horizonte aquellas naves que nos parecieron mónstruos! ¡Con qué veneracion, con qué respeto saludamos á aquellos hombres que no se parecian á nosotros, que eran de una raza superior á la nuestra y que, segun las profecías, debian venir á sacarnos de la postracion, á derramar el bien á manos llenas sobre nosotros!

Entusiasmado yo, seguí á los españoles, y llegué con ellos á las playas de Haití, en donde el rey de los reyes, el poderoso y al mismo tiempo desgraciado Guacanajari, advertido por nosotros de quiénes eran los extranjeros, les dispensó fraternal acogida.

Allí sentí palpar mi corazon de amor por primera vez.

Ihalai era una de las servidoras más leales de la esposa del rey. Prendado de ella, le juré amor eterno, y protegidos por Guacanajari, nos retiramos á habitar en una de las más bellas aldeas que hay en la orilla del rio Pani.

—¿Y cómo fuisteis á la Jamáica?

—Antes de contestar á esa pregunta, voy á haceros otra, si me lo permitís.

—¡Habla!

Azcala prosiguió:

—Hace más de treinta lunas que los españoles, en guerra abierta con nosotros, nos impusieron un ominoso tributo, y por entónces un hombre que debia cuanto era al almirante, se rebeló contra él. Consiguió reunir muchos secuaces, y capitaneando á su gente recorrió la isla, llevando á todas partes la desolacion y la muerte. Una tarde llegaron á una de las aldeas que riega el Pani con sus cristalinas aguas: una mujer esbelta como la palmera, cándida como la paloma, hermosa como el colibrí, estaba en las orillas del rio contemplando gozosa el tierno fruto de su amor, jugando con las arenas de oro que arrojaba á la orilla la corriente.

Unos cuantos rebeldes, ocultos tras los árboles, contemplaban á aquella hermosa mujer.

El padre de su hijo, su amante esposo, en la puerta de la inmediata choza, arreglaba las toscas redes para pescar.

De pronto salen los blancos de entre los árboles, se acercan á la mujer y al niño, se apoderan de la primera y van á llevársela, cuando su esposo se precipita sobre los malvados para arrebatársela de entre sus manos.

El indio tuvo que detenerse, porque la emocion le ahogaba.

Diego Mendez escuchaba con creciente interes aquella narracion, y sin dar tregua á Azcala:

—Prosigue, dijo.

Azcala continuó su interrumpido relato.

—Los blancos, añadió, al verse acometidos, dispusieron que dos de ellos sujetaran á la india, mientras los otros, que eran cinco ó seis, apoderándose del esposo, le ataron fuertemente á un árbol, y le dijeron:

«Antes de castigarte arrebatándote la vida, queremos, para que expies tu atentado, que presencies tu deshonra.»

Y acto continuo aquellos miserables echaron suertes para ver cuál de ellos se hacia dueño y señor de la infeliz prisionera.

—Ya lo recuerdo, dijo de pronto Diego Mendez.

—El indio, añadió Azcala, pugnaba por desasirse del árbol; en su desesperacion invocaba unas veces el auxilio de Vagoniana, y otras, retorciéndose, arrojaba espuma por la boca.

Los blancos habian terminado el sorteo, y el agraciado iba á apoderarse de su presa, cuando llegaron á la orilla opuesta del rio cuatro españoles montados en briosos caballos.

—Y al ver lo que pasaba, reconociendo á los rebeldes en los verdugos de los indios, vadearon el rio; llegaron ántes de que los infames pudieran consumir su crimen, y los pusieron en fuga. ¿No es eso lo que ibas á contar?

—Precisamente: entre los salvadores de aquellos infelices hubo uno que se acercó al indio, rompió sus ligaduras, le llevó al lado de su esposa, que estrechaba en sus brazos á su hijo, y ántes de separarse de ella, dándole un escapulario de la Virgen, dijo:

«No apartes esto de tu cuello, que esta es la imágen de la Madre de los afligidos, y oye todas las súplicas de los que padecen.»

En seguida partió. ¿No fuisteis vos el salvador de aquellos desgraciados?

—Yo fui, en efecto.

—¿No es este el escapulario, añadió Azcala, que disteis á la india?

—Sí tal. . . . ¿Luego tú eres? . . . .

—Yo soy el desgraciado esposo á quien salvasteis de la deshonra, á quien devolvisteis lo que más amaba en el mundo.

—¿Y tu esposa, y tu hijo?

—Los dos yacen en las cavernas de Cacibaxagua.

—¿Han muerto?

—Sí. Cuando Colon fué á España encadenado, fuimos tan perseguidos que tuvimos que refugiarnos en el Ciguay. Extenuados por la fatiga y por el hambre, mi pobre Ihalai cayó enferma.

Todos los medios que empleé para salvarla fueron inútiles. Antes que ella sucumbió nuestro hijo, y esto agravó su enfermedad.

Al verla próxima á exhalar su último suspiro, quise morirme también, y ella con débil voz, entregándome el escapulario:

—«No, me dijo. Tú no debes morir: tenemos que pagar una deuda de gratitud. Busca á nuestro salvador y sacríficale tu vida.»

Ihalai murió, y yo no he hecho desde entónces más que buscaros. No hallándoos en Haiti, me fui á la Jamáica con otros indios que huían de esta tierra, en donde solo hallaban el oprobio ó la muerte. ¿Creereis ahora en mi lealtad?

—Sí, Azcala, sí. Hace poco que hablaba de la Providencia: ya ves cómo es justa, cómo te ha traído á mi lado en los momentos en que más necesito de un amigo leal.

—Es cierto.

—Contigo nada temo. Tú conoces bien los senderos. ¿No es verdad?

—He recorrido toda la isla, y la conozco á palmos.

—Pues bien: en marcha y que Dios se apiade de nosotros. Diego Mendez y Azcala, satisfechos por la explicación que habia mediado entre los dos, comenzaron á caminar á través de un espeso bosque, en donde debian hallar alimento y abrigo para pasar la noche.

## CAPITULO LXXIII.

## Un buen encuentro.



AZCALA dejó á Diego en la orilla de un cristalino arroyo, bajo un grupo de frondosos árboles, y se dirigió á buscar algunos alimentos, porque sus provisiones se habian agotado.

Siguiendo por una de las calles naturales del bosque, llegó el indio á una explanada y encontró en ella algunas chozas.

Era muy entrada la noche, y los moradores de aquellas pobres viviendas dormian tranquilamente.

Azcala los despertó, les dijo el objeto de su viaje, y pudo conseguir que le dieran pan de cazabe para unos cuantos dias.

Tambien pudo adquirir una utia, y con aquellos víveres regresó al bosque.

Diego dormia.

El indio acercó su oido á los labios de Mendez, y vió que su respiracion era trabajosa.

Tocó sus manos y las halló heladas.

Instantáneamente fué á buscar ramas secas; con la corteza de un árbol y dos piedras vivas hizo fuego y encendió una buena hoguera cerca de donde yacía en aquel triste estado el hombre á quien habia jurado eterna fidelidad.

El calor reanimó á Diego Mendez, cuya única enfermedad, á Dios gracias, era el cansancio.

Al despertarse halló á su lado al solícito indio, que le habia preparado los manjares.

Los dos hicieron los honores á la frugal comida, y despues de convenir en el itinerario que seguirian al dia siguiente para llevar á cabo el objeto de su expedicion, buscaron en el sueño el reparador descanso que necesitaban.

Amaneció el nuevo dia, y muy temprano se pusieron en marcha con direccion á la orilla del mar, porque su principal objeto, como recordarán nuestros lectores, era buscar una embarcacion con rumbo para España que los admitiese á bordo.

Caminaron todo el dia sin que descubriesen en toda la extension del Océano una sola vela.

La noche les sorprendió en la orilla del mar, y guareciéndose en la cavidad que formaban unas rocas, aguardaron allí el nuevo dia.

El camino que seguian les llevaba hácia el territorio que en tiempo no lejano habia constituido el reino de Guacanajari.

Al proseguir su marcha, llegaron al pequeño promontorio de rocas que se levantaba en la orilla del mar, y que habia servido de cimiento á la famosa fortaleza de la Navidad.

Todavía se descubrian restos de aquellas primitivas fortificaciones, y Diego Mendez no pudo ménos de conmoverse al recordar que allí se habia derramado por la primera vez la sangre de los españoles en el Nuevo Mundo.

¡Cuán distinto aspecto presentaba el en otro tiempo fértil y risueño territorio de Marien!

El fuego habia destruido los bosques y consumido las chozas; el abandono habia esterilizado los campos. Aquel jardin continuo estaba convertido en un triste desierto.

Como estuviesen establecidos algunos españoles de los que habian secundado á Roldan en su movimiento revolucionario, todos hostiles á Colon, procuró Diego Mendez evitar su presencia, y guiado por Azcala se encaminó á Xaragua

donde estaba seguro de hallar amigos, porque entre los españoles que allí habia se encontraban muchos de los que habian acompañado á Colon en su primer viaje, y que si no eran adeptos a su persona, eran enemigos de Ovando.

A los quince dias de aquel viaje sin término fijo, divisaron desde la orilla, á bastante distancia de la costa, una embarcacion, en cuyo mástil pudo Diego Mendez descubrir, gracias á su buena vista, la bandera de España.

Todo indicaba que aquella nave, despues de haber estado en alguno de los puertos de Xaragua, se habia lanzado en alta mar para aprovechar el viento y llegar cuanto ántes á Santo Domingo.

—Esa embarcacion no nos sirve todavía, dijo Diego Mendez al indio; lleva sin duda víveres y pasajeros á Santo Domingo, y no es aquel punto el que más seguridad ofrece á nuestras personas.

—Esperemos su regreso y entónces...

—O mucho me equivoco, ó ha hecho escala en Xaragua, pero como el viento es en la costa suave, se ha alejado para recibir más de lleno el soplo de la brisa.

—Pronto podremos averiguarlo.

—Acércate con cautela á la morada de los españoles, averigua con qué objeto ha estado aquí esa carabela; si es que ha venido, como presumimos, vuelve lo más pronto posible á darme cuenta de cuanto logres averiguar.

El indio partió.

Serian las diez ó las once de la mañana, y volvió al anochecer.

—No os habiais equivocado, dijo á Diego Mendez, la carabela ha llegado con colonos y víveres, y ha hecho escala para dejar aquí á dos viajeros que han querido, ántes de llegar á Santo Domingo, visitar el territorio de la Española sometido á los reyes de España.



—¿Has averiguado sus nombres?  
 —Sí por cierto, y hasta los he visto.  
 —Dílos, haber si yo conozco alguno.  
 —Llámase el más anciano don Luis Sagredo.

—Lo Providencia le trae á mi encuentro, exclamó Diego Mendez, no pudiendo contener la alegría que aquella noticia produjo en su ánimo.

—¿Le conocéis? preguntó el indio.

—Mucho, sí: es uno de los leales amigos, de los más entusiastas servidores del almirante. Y el otro que le acompaña ¿quién es?

—Un jóven muy apuesto.

—¿Viene por la primera vez?

—He oído decir que sí.

—¿Ignoras su nombre?

—Llámale Hernan Cortés.

—¿Y le acompaña Sagredo?

—Han sido compañeros de viaje, se han hecho muy amigos, y como segun parece, ese don Luis ha vivido mucho tiempo en estos países, va á ser su guía hasta llevarlo á Santo Domingo.

—Azcala, dijo Mendez al indio, parte en seguida en busca de don Luis Sagredo, procura hablarle á solas y guíale hasta aquí.

El indio adivinó la mirada de Diego, la confianza que le inspiraba el hombre á quien iba á buscar, y partió á obedecer sus órdenes.

Designaron ántes el paraje en donde debían verse, y Diego Mendez aguardó con ánsia la llegada de Sagredo.

Como este es muy breve, van á conocer mis lectores á este personaje; sólo añadiré lo que he dicho ya muchas veces al considerar la aflictiva situacion en que se hallaba el almirante.

En todo lo que le pasaba, en todo lo que sucedía á sus leales servidores y á sus enemigos, se veía á la Providencia en toda su plenitud, en toda su grandeza.

Cuando Diego Mendez se quedó solo, pensando en su entrevista con Sagredo:

—Este hombre, dijo, es el mejor auxiliar que puede secundar mis planes. Si aún puede, si ha logrado desempeñar su papel como se prometió, los naufragos de las costas de la Jamaica están salvados.